

Cuando alcanzó la orilla halló allí al mancebo, que no había tratado de ocultarse esta vez, subyugado por los extraordinarios encantos de la desconocida.

—¿Quién eres?—interrogóla ésta, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada fiera y escrutadora, —¿quién eres tú que te atreves a pisar este sitio prohibido para los de tu sexo, este sitio donde viven las vírgenes consagradas al culto de «Tatá-ayohí»? ⁽¹⁾

—Soy,—respondió el indio,—un forastero que ha tropezado al azar con este refugio sagrado, que no hubiera intentado violar jamás a saber que existiese.

—Tu respuesta franca me agrada,—exclamó la doncella, endulzando su acento,—eres sincero, lo dicen tus ojos, y si ellos no han visto nada de lo que esconden nuestras viviendas, ni el secreto de nuestros ritos, puedes marchar, prometiendo que nunca más pretenderás volver aquí.

—Nada he visto; nada conozco; y Tupá ⁽²⁾ es testigo de que digo verdad... Pero, la promesa que quieres arrancarme, es dura y cruel, puesto que, esos mis ojos que has invocado, te han admirado una vez, ¡oh virgen de soberana belleza!, y difícilmente podrán resistir al deseo de mirarte de nuevo.

Dijo el charrúa, y echó a correr veloz como el venado por los inmensos campos desiertos, en tanto que la hermosa vestal del fuego purificador, quedaba absorta ante las frases y la acción del bizarro extranjero que acababa de salvarle la vida y le expresaba claramente, al separarse de su lado, que iba a volver todavía.

Inmóvil, clavada en el mismo sitio desde el cual había interrogado al charrúa, permaneció la doncella largo rato. Siguióla con la vista hasta que le vió perderse detrás de las más altas colinas, y, luego, lanzando un hondo suspiro, encaminóse lentamente al poblado.

II

VOLVIÓ el mancebo un día y otro día y recorrió anheloso los alrededores del lago, buscando a la virgen de los ojos negros fascinantes, cuyo misterioso hechizo turbaba su espíritu y ocupaba por completo su pensamiento.

Pero la virgen no parecía; ella esquivaba su presencia, temerosa de un encuentro que podía hacer peligrar sus sagrados votos.

El charrúa sufría una pena infinita que se reflejaba en su semblante abatido y en el cambio brusco de su carácter, que de alegre y decididor que era,

se transformó en melancólico y reservado.

Muchas lunas transcurrieron de la misma suerte, hasta que, una tarde en que se sintió dispuesto a todo, volvió a hallarse frente a frente de la mujer a quien ya amaba con verdadero frenesí.

Y ocurrió que cansado de atisbar en el sitio acostumbrado, tomó la decisión de penetrar en la misma aldea, aun a riesgo de ser visto por sus reclusas moradoras y violar sin quererlo el secreto de sus misteriosos ritos y costumbres.

Esperó la hora crepuscular para llevar a cabo su intento. Las cabañas estaban cerradas y no se percibía ruido alguno dentro de la población, cuyas calles se hallaban desiertas.

Su primer pensamiento fué el de que las sacerdotisas habían abandonado su tranquilo refugio, a consecuencia de haber sido descubierto por un hombre de otra tribu; pero, al cabo de un largo rato de explorar de uno a otro extremo el apacible lugar, su sutil oído sintió un extraño rumor que partía de las cercanías, algo así como un canto místico de voces femeninas, suave y armonioso.

Muy pronto pudo el enamorado charrúa orientarse. El rumor procedía de un monte vecino, al que trató de aproximarse con cautela, para lo cual le favorecía la escasa luz de la hora, pues la noche se iba acercando. A medida que se acercaba al monte, los cánticos se acentuaban y parecían tener su origen en un local subterráneo.

No se equivocaba el gentil, pues llegado que hubo al pie del cerro, se encontró con la entrada de una gruta débilmente alumbrada por el reflejo de luces interiores. Sin hesitar siguió avanzando hasta donde le fué posible, para observar, sin ser visto, a las personas reunidas en aquel recóndito sitio. Protegido por el ángulo de una

Economía del "Repertorio"

CON motivo de la huelga de tipógrafos, los gastos de imprenta del *Repertorio* han aumentado en un 20%. Lo que nos obliga a vender en lo sucesivo el ejemplar a 50 ctmos. y la serie de 5 ejemplares, para los Agentes, a \$ 2-00.

Rogamos a nuestros lectores y favorecedores que no nos nieguen su apoyo en estos días difíciles, mientras lleguen mejores y podamos corresponder con más holgura a sus sacrificios de ahora.

roca pudo entonces contemplar un cuadro bello y curioso.

En un recinto de enorme amplitud lleno de nacaradas estalactitas, alumbrado por numerosas teas, cuya luz le daba un aspecto fantástico, se hallaban reunidas, en torno de un hornillo central muchas mujeres jóvenes y bellas, vestidas con blancas túnicas de lino. Entonaban cánticos extraños, arrojando al mismo tiempo sobre la lumbre polvos aromáticos que embalsamaban con sus vapores el ambiente.

Largo rato duró la singular ceremonia de las vírgenes del cielo purificador. El charrúa contemplaba extático y arrobado aquellos ritos plenos de encantos para sus ojos, en los cuales nunca había soñado durante su vida ruda y selvática. Cuando las vestales terminaron el culto del día, fueron una a una abandonando, silenciosas, el recinto.

Una sola quedó en la gruta. Era la virgen encargada de conservar encendido el fuego por la noche. Y esa virgen era aquella por quien suspiraba el mancebo... La sorpresa y alegría del gentil estuvieron a punto de traicionarle haciendo conocer a la vestal, antes de tiempo, su presencia en el secreto santuario; pero pudo dominar el primer impulso y esperar a que las otras vestales se hallasen lejos de allí, para arrojarle a los pies de la que amaba.

Cuando creyó llegado el momento oportuno abandonó su refugio y se dirigió, sin vacilaciones ni recatos, hacia el interior de la iluminada gruta, donde la gentil doncella se ocupaba a sazón en avivar el sagrado fuego de la hornilla, dando la espalda a la entrada del recinto.

El rumor de los pasos del indio, llamó la atención de la joven, quien volvió bruscamente la cabeza para ver la persona que entraba allí a hora tan desusada; y con profundo asombro se halló con el hombre cuya presencia temía y esquivaba.

Irguióse la virgen poseída de la más honda indignación, al par que aterrorizada ante el acto audaz y sacrilego del charrúa, y, lanzando a éste una mirada iracunda, exclamó:

—¡Sal de aquí de inmediato!... Eres el primero que viola el sagrario de las vestales del fuego purificador; ¡y puedes dar gracias a que me liga a ti la gratitud, de lo contrario tu temeridad te habría costado la vida en este mismo sitio y momento!...

—No he dado este paso atrevido para retroceder cobardemente ante las amenazas y reproches que esperaba de antemano oír de tus labios. Contaba con tu indignación, sabía que mi conducta iba a ser execrada; que tendría que correr graves riesgos si penetraba en el misterio de tus ritos y violaba

(1) «Tatá-ayohí».—Guaraní: Fuego purificador.

(2) «Tupá».—Guaraní: Dios. El Gran Espíritu.